



## CANTO CUARTO.

A la misma hora que en el muy suntuoso  
Alcázar, el Monarca Mejicano  
Tales cosas hablaba al valeroso  
Tlaxcalteca, en su tienda el castellano  
Cortes, con fuerte acento vigoroso,  
Y colocando su fornida mano  
De su espada en el puño, esto decía  
A los guerreros que con él había: 8

“¡Invictos Capitanes! Yo mañana  
“Cuando apenas el sol haya nacido,  
“Hasta el pomo con sangre mejicana  
“Esta cortante espada habré teñido.  
“Hoy concluye la tregua, y de la insana  
“Guerra ya vuelve el espantoso ruido  
“Y gritos atronantes. Los aceros  
“Aprestad, pues, valientes compañeros.” 16

Esto dijo, y despues con expresiones  
Y frases amistosas á cada uno  
Habló de los intrépidos varones  
Que le rodeaban. Ya con oportuno  
Recuerdo, de este bélicas acciones,  
Celebraba sincero, ya de algun

Otro el valor insólito aplaudía,  
A todos elogiaba, y les decía: 24

“Grande mengua será que las espadas  
“Mejores del gran reino de Castilla  
“No consigan mañana que humilladas  
“Las gentes indias doblen la rodilla,  
“Las armas deponiendo ensangrentadas,  
“Ante el pendon de España. Tal mancilla,  
“Tal deshonra jamas olvidaría  
“El mundo entero, ni siquiera un día.” 32

Entre tanto la luna, ya en menguante,  
Había aparecido, y los guerreros  
Salieron de la tienda, y, un instante  
Despues, todos al sueño placenteros  
Se entregaron; mas ya que la brillante  
Bella luz matutina los parleros  
Cenzontlis saludaban y gorriones,  
El sueño se alejó de los campeones 40

¿No has visto como suelen muy ruidosas  
Las cotorras dejar al nuevo día  
El árbol do duermieron silenciosas?  
Grita una de ellas cuando el cielo envía  
Su luz divina, y todas presurosas,  
Con algazara y fuerte gritería,  
Dejan el árbol y con raudo vuelo  
Cruzan alegres por el ancho cielo 48

En el campo español de igual manera,  
De clarines alegres al sonido,  
Dejó el lecho agradable la guerrera  
Gente numerosa. Todo ruido  
Y movimiento en las escuadras era.  
Unos embridan el corcel fornido;  
Otros al cinto llevan los aceros,  
Las armas toman los demás guerreros. 56

Cual poco á poco acaba la canora  
Algazara, que forman numerosos

Gorriones en los árboles á la hora  
Que alto sol con sus rayos luminosos,  
Al ocultarse, el firmamento dora;  
Así de los cuarteles espaciosos  
En que el campo se hallaba dividido  
Acabó entónces el confuso ruido. 64

Despues formaron prolongada hilera.  
Del español ejército los peones  
Al Sur mirando; mas la voz guerrera  
Del metal que latir los corazones  
Hace, al vibrar en la batalla fiera,  
Se oyó en el campo, y todos los varones  
En columnas de á diez se dividieron,  
Y al sol que nacía la frente dieron. 72

Al dividirse en filas los soldados,  
La hoja parecían de la ancha puerta  
De soberbios santuarios elevados,  
Que gira sobre su eje al ser abierta,  
Tal se miraban al andar. Formados  
En aquella extension ántes desierta,  
En el campo se oyó y alrededores  
El ronco redoblar de los tambores 80

Al redoblar las cajas, la robusta  
Planta movieron de la horrible guerra  
Todos los hijos ¡Soledad augusta!  
¡Soledad de mi patria! tu ancha tierra,  
Antes solo movida por la justa  
Ira de Dios que al pecador aterra,  
Entónces retembló bajo el pesado  
Pie de tanto fortísimo soldado. 88

Iban por delante muchos peones  
Fornidos, de titánica estatura,  
Cubiertas sus cabezas con morriones  
De luciente metal; y con holgura  
Azul chaqueta y rojos pantalones  
De paño vestían. Su barba obscura,  
Que en luengo y blanco delantal caía,

El anchuroso pecho les cubría. 96

Enormes hachas de cortante acero  
Obstentaban altivos en su mano;  
De azul vestido el diestro arcabucero  
(Y con tahali que el hábil artesano  
Hizo de duro y resistente cuero)  
Seguía en filas. Cada veterano  
Llevaba un arcabuz que de diamante  
Parecía un tubo con el sol brillante. 104

Iban despues impávidos soldados  
Que en fogosos corceles asistían  
Al sangriento combate, denodados.  
Roja casaca y pantalon vestían  
Del color que en las palmas, sazoados  
Ya, los datiles tienen, y cubrían  
Del pie á la rodilla del guerrero  
Botas muy anchas de durable cuero. 112

Numerosos despues los auxiliares,  
Con el arco á la espalda y el escudo  
En el brazo, marchaban, en millares  
De hileras divididos, y desnudo  
El cuerpo de los peones, musculares  
Fuerzas revelaba que en el rudo  
Oficio de las lides homicidas  
Y despiadadas, fueron adquiridas. 120

El suelo aquel entónces oprimido  
De tanto peon por la anchurosa planta,  
De robles seculares revestido  
Y altas encinas, cuya vista encanta,  
Por el Excelso fué, y hoy del olvido  
Triste noche le cubre. Ya no canta  
Allí el cenxontli, ni árboles frondosos  
Sombra prestan, como ántes, bondadosos. 128

Era un monte este sitio, y los indianos  
Pueblos vecinos Xóloc le llamaban,

Y desde él los guerreros castellanos  
 Las pobres chozas y últimas miraban  
 Bien de Tenochtitlan. Los mejicanos  
 De las tropas iberas escuchaban  
 El ruido y las voces. Tan cercanas  
 Se hallaban las falanges castellanas. 136

Como el tranquilo arroyo sosegado,  
 Al pasar entre peñas, su corriente  
 Divide, y luego, cuando ya ha pasado  
 Por entre ellas, se junta el transparente  
 Líquido, de igual modo del soldado  
 De las falanges de Cortes potente,  
 Al pasar por los árboles, se abrían  
 Las filas; mas prontísimo se unían. 144

Del monte á la salida una calzada  
 Amplísima hal ábase, y los peones  
 Y capitanes de la ibera armada  
 Y demas auxiliares y campeones  
 Allí de mover la aun no cansada  
 Planta dejaron. Todos los varones  
 Aquel instante estatuas semejaban,  
 Porque todos inmóviles estaban. 152

Cuando el ruido cesó de los tambores,  
 Y el eco de la música guerrera  
 Se llevaron los vientos voladores  
 Azas ligeros, vestidos de grosera.  
 Túnica azul, y expuesta á los rigores  
 Del sol su frente, ante la tropa ibera  
 Presetáronse humildes seis ancianos,  
 Los pies descalzos, los cabellos canos 160

Y con sonoro y varonil acento  
 Entonaron cantares religiosos  
 A todos del celeste firmamento.  
 Los moradores santos y dichosos;  
 Al Padre Celestial que con su aliento  
 Las almas creó; al Hijo que angustioso  
 Dolores á sufrir del cielo vino

Por su pueblo; al Espíritu dividido. 168

Al Dios Trino y Uno, Sacrosanto,  
 Pidieron fervorosos fos ancianos  
 Por el hombre, que vive en mar de llanto;  
 A María, á quien llaman los cristianos  
 Su reina y madre, y á la que aman tanto;  
 Al ángel que aventaja á lós humanos  
 En saber; á la virgen, cuyo velo  
 Nunca tocó de amor el loco anhelo; 176

A las almas que, puras como el lirio,  
 Entraron en Eden por la anchurosa  
 Ensangrentada puerta del martirio;  
 A los seres que corte venturosa  
 Son del Creador, y en celestial delirio  
 Le alaban sin cesar en la gloriosa  
 Sión; á todos pidieron los ancianos  
 Que rogaran á Dios por los humanos. 184

Como la azul montaña con la nieve  
 Se cubre de blanquísimo ropaje,  
 Uno de los ancianos con muy leve,  
 Fina túnica blanca, su azul traje  
 Así cubrió entónces, y por breve  
 Tiempo el grato y magnífico paisaje  
 Contempló que ofrecía la dilatada  
 Llanura por el sol iluminada. 192

Y despues á un altar que de anchurosa,  
 Grande piedra cuadrada fue formado  
 Dirijiose. Esa piedra era famosa  
 En el Imperio azteca dilatado  
 Y en todo Acolhuacan, que majestuosa  
 De Tláloc una efigie, en elevado  
 Monte soberbio, y en su cima, había,  
 Y allí culto el azteca le rendía. 200

Y no una, sino diez generaciones  
 Le ofrecieron del fruto producido

Por la tierra cuantiosas oblaçiones,  
Mas Netzahualpilli, rey esclarecido.  
De Acolhuacan, queriendo á las naciones  
Vecinas, y á la suya un distinguido  
Presente hacer, mandó del encumbrado  
Monte bajar el ídolo afamado. 208

Mas otro colocó. De piedra oscura,  
Y pesada, maciza y consistente,  
Construyó con esmero la Escultura  
Aquel ídolo nuevo, pero ardiente  
Rayo sobre él de la celeste altura  
Cayó con gran estrépito, imponente  
Y ancha señal en la cabeza le hizo,  
Y tembló el grande pedestal macizo. 216

Y dijeron entónçes los ancianos  
De más saber que, sin dudar, salido  
Había el rayo de las propias manos  
Del dios Tlalocateuctli que, ofendido,  
Con el fuego celeste á los humanos  
Que la nueva efigie habían consterido  
En monton de cenizas trocaría,  
Porque en furor su corazon ardía. 224

Desde que del gran monte descendida  
Del rey por el mandato se miraba  
En oscuro recinto, confundida  
Entre arneses que el tiempo devoraba,  
La antigua efige. Y apénas oida  
Tal cosa por el rey que ambicionaba  
El dictámen seguir más acertado,  
Al monte fué él viejo ídolo llevado. 232

Y allí mismo por siempre abandonada  
La otra efigie quedó, gala del arte,  
Y por regio mandato fabricada.  
Del templo de Xilónen en la parte,  
Para guardar las mieses destinadas,  
Las mieses que la tierra nos imparte,  
Llevóse el pedestal; mas el ibero  
Caudillo de él apoderose artero. 240

Y en las espaldas de indios vigorosos  
A Xóloc fué la piedra trasportada,  
A Xóloc, donde entónçes belicosos  
Los iberos á la lid deseada  
Se preparaban á marchar gozosos.  
Tal era, pues, la piedra que trocada  
Fué en altar por el heroe castellano,  
Y á ella acercóse el sacerdote anciano. 248

Y despues que elevó conmovedoras  
Oraciones al Padre Omnipotente,  
Lágrimas derramando abrazadoras,  
Un vaso de oro, y fino y reluciente.  
Que, herido por el sol, deslumbradoras  
Ráfagas despedía, reverente  
Con un pan níveo colocó en el ara.  
Y se inclinó, cual si con este hablara. 256

Como, la sed para calmar, se inclina  
La paloma en riachuelo sosegado,  
Y gran rato en el agua cristalina  
Metido tiene el pico carminado,  
Así, con la hostia cándida y divina  
En sus manos, estúvose inclinado  
En el altar el religioso anciano,  
De los cielos hablando al Soberano. 264

Elevó luego la hostia sin mancilla,  
Y, al elevarla, estrépito marcial  
En la falange oyóse de Castilla;  
Vibró imponente el bélico metal;  
Los guerreros en tierra la rodilla  
Pusieron y las armas. . . . ¡ Celestial  
Coro de los espléndidos querubes  
Que habitáis muy arriba de las nubes! 272

Solo vosotros que en aquel momento  
Al bosque indiano con el Dios que adora  
Descendisteis del alto firmamento,  
Pulsando alegres vuestras arpas de oro,  
Cantar podeis el celestial portento

De amor divino..... ¡Venturoso coro!  
¡Quien pudiera cantar como se canta  
En la Ciudad de las delicias santa! 280

Concluido el sacrificio, aquel anciano  
Se alejó del altar, y al más umbroso  
Paraje penetró del bosque indiano  
Con los otros levitas; y ruidoso  
Estrépito se oyó del castellano  
En el campo tendido y anchuroso.....  
Mas dime, Musa ¿el número cual era  
De los soldados de la hueste ibera? 288

De Quauhtemótzin ¿cuántos los guerreros,  
Peones y caudillos? El añoso,  
Decrépito Tescáztin á los fieros  
Otomitas mandaba Numeroso  
No era su batallon; mas de certeros  
Flechadores formado, en sanguinoso  
Y terrible combate, fué temido  
Por muchos heroes de valor crecido. 296

Mas en el cerco aquese dilatado,  
Desastroso de Méjico, el valiente  
Teuthile, Capitan fué del soldado  
Otomita, pues despojó inclemente  
A Tezcáztin el tiempo despiadado  
De su vigor, y le dejó impotente  
Para entregarse á bélicas fatigas  
Contra esforzadas huestes enemigas. 304

De la union de este anciano con la hermosa,  
Cándida Cihuaxóchitl el fruto era  
Teuthile que con alma belicosa  
Nacido había; y en la lucha fiera  
El puesto que á su padre la rugosa,  
Triste vejez abandonar hiciera  
El ocupaba; y mucho en valentía  
A su padre Tezcáztin excedía. 312

De tlatteloleca juventud seguido,

Incansable en las lides destructoras,  
En defensa de Méjico, aguerrido  
El fuerte Tzilacáztin treinta auroras  
De batallar contaba. Esclarecido  
Fué su origen: las armas vencedoras  
De su padre dejaron humillados  
De Cotaxta á los bélicos soldados. 320

De este pueblo los fieros habitantes  
Encendieron de guerra desastrosa  
La tea. Jactanciosos y arrogantes  
A la nacion azteca poderosa  
Ofendieron, que á doce comerciantes  
De Méjico prision ignominiosa  
Hicieron padecer en muy estrechas  
Jaulas de vigas y tablonas hechas. 328

¡Insensatos! Apénas de ese abuso,  
De ese crimen en Méjico esparcido  
El rumor fué, para la lid dispuso  
Muchas tropas el rey esclarecido  
Moquihuix, rey que en Tlatetoleo impuso  
Gavelas; y su ejército aguerrido  
Y las temidas huestes mejicanos  
Llevó á las duras lides, inhumanas. 336

Los hijos de Cotaxta la ancha tierra  
Cubrieron con su sangre en obstinada,  
Calamitosa y espantable guerra;  
Mas su valor y su fiereza nada  
Pudieron esta vez, y la que aterra  
A los más fuertes ánimos, odiada  
Esclavitud cruel púsoles su yugo  
Luego que al cielo abandonarlos plugo. 344

Y Tlacaale, azteca soberano,  
Para premiar la mucha valentía  
De Moquihuix, de aqueste veterano  
Llevó al hogar, en venturoso día,  
A Atozotli. En el suelo mexicano  
Una mujer más linda no existía,

Y de ella, en su palacio, vió su esposo  
Nacer á Tzilacátzin belicoso. 352

Tal el origen fué del aguerrido  
Campeon que en el cerco dilatado  
De la gran Tenochtitlán, el escojido  
De Tlatelolco ejército esforzado  
Mandaba. Cuitlaltílpec atrevido,  
De grandes ojos, cuerpo agigantado  
Y pies veloces, capitan primero  
Era del de Otompan fuerte guerrero. 360

Tambien de la ciudad tan celebrada  
Por sus altas pirámides construidas  
Por los toltecas, hueste denodada,  
En defensa de Méjico, reñidas  
Lides sostuvo; y era gobernada  
Por la voz de Achitómatl. Reducidas  
Las tropas de Tlacópan; mas valientes,  
En la lucha terrible, armipotentes 368

Grandes esfuerzos de valor hicieron,  
Pues tambien del azteca como aliados  
A las armas temidas acudieron  
Los capitanes todos y soldados  
Que en la muy bella Acolhuacan tuvieron  
Hijos ó esposa, y fueron gobernados  
Por Cacamátzin, fuerte texcocano,  
Y por su noble y generoso hermano. 376

Pero muy pronto la terrible muerte  
Separó de las lides al primero  
De aquellos dos hermanos, y la suerte  
A tanto bravo, intrépido guerrero  
Bajo el imperio solo del muy fuerte  
Coanacótzin puso. El cruel y fiero  
Del Nayarit indómito soldado  
Tambien sostuvo el cerco dilatado. 384

Era Pantécatl el campeon primero  
De esos rudos salvajes aguerridos;

Mas, cual si fuera el último guerrero,  
Y lanzando espantosos alaridos,  
Al frente de su tropa, altivo y fiero,  
Siempre peleaba, y á los mas temidos  
Que en las falanges de Cortes había  
Sus flechas de continuo dirijía. 392

La Fama que tenaz y por doquiera  
Se presenta al mortal deslumbradora,  
Y fascina su espíritu, á la fiera  
Lucha llevó terrible y destructora  
A muchos nobles que por vez primera  
Aun no lanzaban flecha matadora.  
Marcharon á la lid calamitosa,  
Desde su patria, Tonalan hermosa. 400

Desde aquel sitio do despues fundada  
Fué una ciudad de torres majestuosas,  
Y de templos riquísimos sembrada,  
De mercados y plazas numerosas,  
Cuna feliz y patria afortunada  
De mujeres tan bellas, tan hermosas  
Que si acaso entre arcángeles vivieran  
Con ellos en beldad se confundieran. 408

Del pueblo de Tetan los moradores  
Vieron partir ejército lucido  
Para Méjico, y nunca los honores  
Que se deben á aquel que ha perecido,  
La patria defendiendo de invasores,  
Se hicieron á esos heroes. Del olvido  
En la sima sin fondo su memoria  
Hundióse para siempre con su gloria. 416

Que, en medio del terror y del espanto  
De la terrible lucha, y cuando airada  
La guerra sangre derramaba y llanto  
En la ciudad azteca, la adorada  
Vida todos perdieron.....¿Quién de tanto  
Tetaneca valiente la ignorada  
Gloria podrá cantar, si ni sus nombres

Conservado ha la Fama entre los hombres? 424

Poncihuatl que era sangre del valiente  
Minotlacoyan, fiero y belicoso,  
Llevó á las lides numerosa gente  
De Zapotlan, pueblo tan montuoso  
Que apénas en su plaza el esplendente  
Sol se ostentaba bello y luminoso,  
Pueblo que emporio de la fe cristiana  
Por siempre fué, tras esa lucha insana. 432

De Colima, ciudad que destinada  
Fué tal vez por el Padre Omnipotente  
Para que el hombre piense en la morada  
Do vivió Adan miéntras que fué inocente,  
Porque del mar se mira acariciada,  
Con un manto de flores esplendente  
La cubre la graciosa Primavera,  
Y le prodiga sombra la palmera. 440

Y doquiera incontables mariposas,  
Agrupándose alegres, nubes de oro  
Forman, y se oye de aves armoniosas  
Entre copados árboles, el coro;  
De esa ciudad falanges numerosas  
Partieron para Méjico. Ni el lloro,  
Ni lamentos de madre desolada  
Contuvieron la hueste denodada. 448

Tales eran los muchos auxiliares  
De Quauhtemótzin el monarca, y este  
Era de los muchísimos millares  
De los campeones de la azteca hueste  
El primero en hazañas militares,  
El primero en valor. Del suelo aqueste  
De Anáhuac fué tambien entre los reyes  
Quién dictó, por la guerra, ménos leyes. 456

Una gran parte de la hueste iberá  
Los muchos edificios elevados

Llenaba de Tlacópan. Mas ¿quién era  
El primer adalid de esos soldados,  
Y quiénes los segundos? La primera  
Falange, que de treinta denodados  
Y muy diestros ginetes se formaba,  
Francisco de Montejo la mandaba. 464

Y Francisco de Lugo que teñido  
Más de cien veces, con la sangre mora  
La espada había, jefe muy querido  
Era de los infantes, sufridora  
E infatigable gente que salido  
No habría de su patria, ni la aurora;  
Ni de los astros nunca la carrera,  
Léjos de Asturias contemplado hubiera, 472

Si el deseo de hazañas militares  
No hubiese de esa gente trastornado  
La razon, ni el cariño de sus lares  
Poternos de sus almas arrancado;  
Pero cruzar los anchurosos mares  
El amor de la Gloria ilimitado,  
De la gloria del heroe, al asturiano  
Hizo, y le trajo al suelo mejicano. 480

Tan solo eran cincuenta los infantes,  
Dirijidos por Lugo que tenía  
Sujetos á su voz dos Comandantes,  
Modelos de valor y de hidalguía,  
Alfonso Mata que de muy brillantes  
Armas pesadas siempre se cubría,  
Y aquel Alonso Ojeda, cuyo acero  
Ni al herido tocó, ni al prisionero. 488

Veinticinco millares de aguerridos  
Hijos de Tlaxcalan, de cotas hechas  
De algodón blanquísimo vestidos,  
Y de lanzas armados y de flechas,  
En aquel cerco, fueron dirijidos,  
Cuando en la lid pasaban por las brechas

Que abrían ellos, por el noble anciano  
Maxicátzin, insigne veterano. 496

Y Póchotl otros tantos auxiliares  
Gobernaba de Cuautla, la famosa  
Ciudad que las proezas militares  
De un gran heroe hicieron muy gloriosa...  
¡Morelos! ¡Adalid, que de millares  
De heroes la memoria esplendorosa  
Has eclipsado! Por doquiera clama  
Que eres grande, el querube de la Fama. 504

Y de tanto caudillo denodado  
Y peones numerosos Comandante  
El indómito Pedro de Alvarado  
Entónces era Fuerzas de gigante,  
Corazón en las lides esforzado,  
Feroz, impetuoso y arrogante,  
Y un cuerpo ágil al cielo generoso  
Le pluge dar á este adalid famoso. 512

Toda cubierta hallábase la altura  
Del templo de Coyohocan, de infantes  
Nacidos en España, y que en bravura  
Ningun varon de los que traen brillantes  
Armas, y viven entre nube oscura  
De estrepitosas lides atronantes,  
Les iguala. Tres cabos esforzados  
Eran, y ciento ochenta los soldados. 520

De la misma ciudad en un suntuoso  
Palacio estaban treinta y tres cempeones  
Que, esgrimiendo con brazo vigoroso,  
El hierro, en magníficos bridones,  
En el fiero combate desastroso,  
A los más aguerridos batallones  
La triste fuga y el terror llevaban,  
Y su paso con sangre señalaban. 528

Y llenaban las tropas auxiliares

Las plazas y las calles dilatadas,  
Que el ejército aquel tantos millares  
Tenía de peones; y formadas  
De gente de muchísimos lugares  
Eran tales falanges, y mandadas  
Por la voz de diversos comandantes  
De pueblos unos de otros muy distantes 536

Del ejército aquel tan numeroso  
Quien gobernaba á todos los guerreros  
Era entónces Olid el valeroso,  
Al cual no entre mortíferos aceros,  
En medio del combate azas luctuoso,  
Ni en medio de valientes caballeros,  
Despojar de la vida al cielo pluge,  
Que en las manos perdióla del verdugo. 544

¡Gonzalo Sandoval! ¡Esclarecido  
Paladin y corazon virtuoso!  
Tambien tú un ejército aguerrido,  
Como primer caudillo poderoso,  
En aquel cerco, guiaste en el temido  
Y sangriento combate desastroso:  
Muchos caudillos fueron y soldados  
Por tu grande valor entusiasmados. 552

De Iztapalápan, poblacion hermosa,  
Las muchísimas casas que situadas  
Fueron entre dos lagos, numerosa  
La tropa tuya, Sandoval, trocadas  
En cuarteles tenía. La belicosa  
Gente de Cholollan, donde preciadas  
Piedras vendían ricos mercaderes,  
Y contaban las artes mil talleres; 560

Los que casas ó ricas posesiones  
En Huejotzinco, poblacion amena,  
Tenfan, y hasta sus muchos peones,  
Tostados por el astro que la arena  
Cambia en fuego, y de Chalco los varones

Amigos del rencor, terrible hiena,  
 Todos estos las tropas auxiliares  
 Formaban, y eran treinta y tres millares. 568

Y de Iberia, la patria de los bardos,  
 Paladines é ilustres capitanes,  
 Vinieron veinticinco muy gallardos  
 Jóvenes; y en soberbios alazanes,  
 Y entre las nubes de punzantes dardos  
 Enemigos, y en medio á los afanes  
 De la penosa guerra, esos iberos  
 Fueron siempre en valor de los primeros. 576

Y de Jerez, de esa ciudad guerrera,  
 Jamás vencida por alfange moro,  
 Ciento setenta peones á la fiera  
 Lucha vinieron, por la sed del oro....  
 Desde que ellos, siguiendo su bandera,  
 Su hogar abandonaron, nunca el lloro  
 Cesó un momento de sus tristes madres,  
 Ni de sus viejos y achacosos padres. 584

Tal era la falange numerosa  
 Que por Gonzalo Sandoval mandada,  
 De Iztapalápan, población hermosa,  
 La superficie toda dilatada  
 Cubría como cubre bulliciosa  
 De los alegres tordos la bandada  
 Aquella tierra, do dejó simiente  
 Abandonada rústico indolente. 592

Mas falange que á todas axcedía  
 En peones numerosos y aguerridos  
 Y fuertes cabos era á la que abría  
 Paso entre batallones muy temidos,  
 Y en la batalla destructora, impía,  
 La espada de Cortes. Todos reunidos  
 De esa escuadra de aliados y de iberos  
 En Xóloc acampaban los guerreros 600

De la ciudad llamada *Cinco flores*

(Macuilxóchitl), allí los militares  
 Se miraban; allí los moradores  
 De Tezcoco, soberbios auxiliares;  
 Allí los otomites, cazadores  
 Que en montes vivían, entre pinares;  
 Y eran setenta mil todos los peones,  
 Divididos en muchos batallones. 608

Y el jóven Ixtlixóchitl, tezcocano,  
 Y bástago real que fue nacido  
 De Xocótzin (y el noble soberano  
 Netzahualpilli, rey esclarecido,  
 Le engendró), entónces era del indiano  
 Y numeroso ejército aguerrido  
 El que á tanto auxiliar, en el sangriento  
 Combate guiaba con sonoro acento. 616

Los cabos de los peones de Castilla  
 Eran estos: Un heroe, al que achacoso  
 Los años no pusieron, y Tobilla  
 Se llamaba; y blandiendo belicoso  
 Al lado de Cortes ancha cuchilla,  
 Se batió la noche que el famoso  
 Narvaez en sus reales fué asaltado  
 Y de la dulce libertad privado. 624

Botello, anciano que doquier alarde  
 De la mentida ciencia siempre hacía,  
 Y al varon que era crédulo ó cobarde  
 Con tristes vaticinios aflijía;  
 Y del funesto error tal vez muy tarde  
 O nunca á veces el mortal salía;  
 Botello que á Cortes y á otros guerreros  
 Astuto dominó con sus agüeros. 632

Bernal Díaz del Castillo que inspirado  
 Fué por tí, sabia Musa de la historia,  
 Diego Ordaz, el intrépido soldado  
 Que conquistó el primero la alta gloria  
 De hasta el cráter llegar del elevado,

Gran Popocatepec; y la menoria,  
Valiente Ordaz, de tu ruidosa hazaña  
Conservó en tu familia el rey de España. 640

Pues Cárlos Quinto concedió que usara  
Tu descendencia blazon azas brillante  
De campo blanco, y en el cual grabara  
Montaña azul que nubarron gigante  
De piedras y ceniza coronara.  
Eran cabos tambien el arrogante  
Hermano del indómito Alvarado,  
Y Francisco Cortes, fuerte soldado. 640

Juan Aldrete, Alonso Avila, guerrero  
De todos queridísimo, García  
Holguín, célebre ya, Portacarrero,  
Cristóbal de Olea, joven que tenía  
Muy cerca ya su instante postrimero;  
Aquel Montañó que á bajar un día  
Se atrevió, con asombro de Ordaz mismo,  
Del Popocatepec al negro abismo. 656

Y Nuño de Guzman, hombre fogoso  
Que en medio de los brándis sorprendido  
Fué en Tonalan, un reino populoso,  
Por tetaneca ejército aguerrido.  
Capitan denodado y generoso  
Cada uno de ellos era de escojido;  
Pero pequeño tercio de soldados,  
Con los frutos de España alimentados. 664

Y en trece vergantines de madera  
De Matlacueye, en pinos abundante,  
Entónces la temida por guerrera  
Falange de Cortes, amenazante  
A cruzar empezó con muy ligera,  
Rápida marcha el lago; y atronante  
Clamor de guerra alzando los aliados,  
La calzada cruzaron denodados. 672

Y el bergantín que más veloz abría

Las aguas azas densas de aquel lago  
El del valiente Capitan Garcia  
Holguin erá. Cual por el aire vago  
Pasa blanca paloma, así corría,  
Y con estruendo que terrible estrago  
Anuncia de la lid á los varones,  
Rujieron de Castilla los cañones.

